

# Gibraltar, esa colonia inglesa

EN el derrumbe de los colonialismos subsisten paradójicas muestras anacrónicas, vestigios de vasallajes y dominaciones de otra hora. Gibraltar está en esa situación.

Dejemos aparte ahora si el Peñón de Gibraltar, la roca nostálgica, ha perdido importancia militar. Los técnicos así lo aseguran. Pero aun teniendo la posesión por Inglaterra de este despojo colonial, poco puede valer en estos tiempos en que los armamentos modernos hacen vulnerable cualquier posición.

Un silencio de años ha oscurecido el contorno dramático del problema. Pero ha bastado con que en las Naciones Unidas se planteara, quizá como trámite, la situación de esta minúscula posesión inglesa para que vuelva a adquirir toda su dimensión el expolio continuado y ejercido por la en otros tiempos nación campeona de los mares.

¿Qué es Gibraltar ahora, en 1963? Aparte de un lugar de recalada de las flotas británicas, donde se estacionan después de sus maniobras o sus viajes, es un curioso lugar pertrechado con armamentos que el tiempo va haciendo anticuadas, con un espíritu guerrero que suena a lata. Es sobre todo, y suponemos no será ajeno a ello Inglaterra, un activo centro de contrabando.

Gibraltar está equipado militarmente; siglos de posesión del reducto han servido para

horadar la roca, emplazar artillerías, crear, en definitiva, un aparato bélico apto para cualquier emergencia, en tre ellas el estado de sitio. Así ha sucedido con el agua; lo inhóspito del paisaje hace que se carezca del líquido elemento. El ingenio inglés resuelve esta dificultad haciendo fabricar unas chapas de palastro ondulado que recubren parte del Peñón, en las que la lluvia deposita el agua, o en otros casos se han empleado tintos de cemento. También se ha montado una pequeña destilería para utilizar el agua del mar. No hay que destacar demasiado que el coste del agua resulta elevado.

Para la producción y el consumo de energía eléctrica hay unas instalaciones de gas y electricidad, mediante una planta térmica que abastece holgadamente las necesidades de la población.

En cuanto a la población gibraltareña se compone en su gran parte de funcionarios, burócratas, comerciantes y militares, todos ellos muy vinculados a la Corona. Hay unos porcentajes mínimos de trabajadores agrícolas que sólo representan un 2 por 100, y el resto lo integran los productores industriales, entre los que figuran unos 9.000 trabajadores españoles, aparte de 4.000 mujeres también empleadas de nuestra nación. Como la mano de obra resulta barata, el comercio ha adquirido cierto florecimiento. Al parecer, el interés de nuestros trabajadores, que entran

y salen diariamente de Gibraltar, está muy estimulado por su pequeño altijo, con el que obtienen el suplemento extra que la industria y el comercio de la colonia no les satisface. El Gobierno inglés tiene sumo cuidado en evitar que la mano de obra española ocasione problemas. Por tanto, a la caída del sol parten para sus hogares al otro lado de la artificial frontera.

Aparte de todo este tinglado discriminatorio, el gobernador tiene poderes tan todopoderosos, que controla rigurosamente el menor movimiento de su minúsculo virreinato. Aunque —¡ah, el «fair play» inglés!—, se permite el lujo de montar un sistema democrático que a Inglaterra le resulta válido en ocasiones de fricción, como la que se ha producido ahora en las Naciones Unidas. Así, en tanto que el observador más desapasionado muestra su repulsa ante este colonialismo prolongado, un pintor o escultor, por lo visto elegido democráticamente, se permite el lujo de anunciar que la población de Gibraltar se siente en cuerpo y alma inglesa y que no desea pasar a la «dominación» española.

Estamos, por principio, muy lejos de las fobias nacionalistas que la mayoría de las veces sólo se resuelven con unos cristales rotos o algún emblema arrojado al fuego. Pero es tímidos necesario que, si la propuesta presentada en las Naciones Unidas pasa a ser archivada en un expediente sin efecto, se tomen serenamente eficaces medidas que —descartando provocaciones desaconsejables— hagan ver a los ocupantes la repulsa de una comunidad ofendida. La mano de obra española debe dejar el camino que conduce a Gibraltar; el tráfico ha de ser cercano drásticamente. Un complejo industrial puede

muy bien ser creado a orillas del Peñón para absorber la población obrera que obtiene sus ingresos dentro de la colonia. Y un cordón sanitario, en todos los aspectos, ha de yugular uno de los más florecientes negocios montados cara a la extraterritorialidad, el contrabando. Ese contrabando en copillitas andaluzas que si es folklórico también es humillante.

Todo ello, y no arrojar piedras a los cristales ni pronunciar gritos ofensivos, será de una eficacia práctica que quizá haga ver más claro a los ocupantes.

De todo el lamentable aspecto de la cuestión, lo que más ha de dolernos es que precisamente valgan los colonialistas de una mano de obra barata, reclutada al otro lado, espoleada por la necesidad y sumisa a causa de un subdesarrollo.

Los tiempos corren demasiado deprisa, quizá Inglaterra —país práctico por excelencia— comprenda que no vale la pena el mantenerse en una época victoriana que ha pasado a la historia. Si así no se produce y sigue jugando una baza estratégica que nada representa actualmente, va siendo hora de asumir limpias medidas de aislamiento. A la postre, cuando han intentado romper ese llamado «el espléndido aislamiento» y han vuelto la cabeza hacia Europa, resultan contradictorias las posesiones de baluartes que, como Gibraltar, son ya agua pasada. La protesta española se une al viento de renovación que sopla incontestable sobre todos los pueblos que van rompiendo sus cadenas.

MIGUEL ANGEL PASTOR



La Puerta Sur de las antiguas murallas españolas, en la que aún perduran los escudos imperiales de España (derecha), en Gibraltar.

## EL CABALLO DE TROYA

## LA LECCION DE GIBRALTAR

SIEMPRE hemos tenido simpatía a los pacifistas ingleses que se tumban en las aceras, que impiden con sus manifestaciones el tráfico para protestar contra las pruebas nucleares o contra los empalmamientos de Polaris, Bertrand Russel a la cabeza. Estamos seguros de que estos ingleses están ahora con nosotros, están con la propuesta del señor Piniés en el Comité de los Veinticuatro. No creo que el conflicto de Gibraltar pueda oponer de una manera tan simple a dos comunidades. Estamos seguros de que los ingleses que propugnan o aceptan la descolonización aceptarán el que Gibraltar pase a la soberanía española. Quizás pensaron algunos, ante el conflicto franco-argelino, especialmente poco antes de los acuerdos de Evian, que todos los franceses estaban enconados en una iucha a muerte con todos los argelinos. Nada menos cierto. Un sondeo a la opinión pública hecho por el Ministerio de la Cooperación nos da un 70 por ciento de franceses partidarios de la independencia de los países africanos. No eran, pues, todos los franceses los arrastrados a una lucha irracional e inhumana. La prueba más evidente y más dura es la de los numerosos casos de "objetores de conciencia" que se negaban a ir a la lucha en Argelia. Gibraltar es una colonia. Culturalmente, económicamente,

históricamente Gibraltar es territorio español, es parte de la comunidad española. Los ingleses que han comprendido el signo de esta época de descolonización propugnan un Gibraltar español.

Estamos también seguros de que estos mismos pacifistas ingleses comprenderán a los españoles que nos repugnan las bases militares, como la de Gibraltar. Una base militar que, obediendo los intereses ingleses o mejor del Gobierno inglés, pone en peligro la seguridad de españoles, como sucedió durante la segunda guerra mundial. Hay pues ingleses que están con nosotros en esta reivindicación. Ningún encono personal podemos tener hacia estos ingleses que están de acuerdo con nosotros. Y es que es muy fácil que se apodere de nosotros un nacionalismo que casi nunca es conveniente. Los nacionalismos suelen servir de banderas que ocultan los intereses reales de las comunidades. Embarcarse en estos nacionalismos exacerbados es fácil, ya que responde a instintos primarios. Es curioso observar cómo la fobia al judío o al hombre de color une a veces, más que las reivindicaciones propias. Como hombres ya conscientes debemos curarnos de aquellas fobias a mahometanos, ingleses o franceses que si bien nos ayudaban a estudiar la historia casi nunca tenían

nada que ver con la auténtica historia.

Gibraltar es, además, otra lección para nosotros. Es fácil ver sólo el lado interesante de las cosas. Pero hay que ver los dos. Gibraltar pertenece a España por toda una serie de razones abrumadoras. El señor Piniés las expuso serenamente en la O. N. U., pero no olvidemos que, por las mismas razones, otros territorios en Asia y en África pueden reivindicar y de hecho reivindicar su independencia, su autonomía, su incorporación a comunidades consolidadas por ellos patria. No podemos acalararnos pidiendo Gibraltar y negar todo derecho a territorios sometidos, colonizados. Seamos objetivos. Muchos españoles no comprenden aún la descolonización. Frecuentemente se puede escuchar: "Pero, ¿qué quieren esos negros? ¿Qué piden los del Congo? ¿Por qué se molesta a Portugal por sus colonias de Angola? Seamos objetivos. No neguemos el pan y la sal al que pide la liberación de su país. Afortunadamente la carrera de la descolonización está casi cubierta. Quedan los neo-colonialismos, mucho más maquiavélicos, nueva fórmula de los "golosos grandes". Será otra larga batalla. Mientras esperamos que se gane pronto y pacíficamente la de Gibraltar.

CESAR ALONSO DE LOS RIOS

## Después de Churchill, Marins Moutet será el parlamentario más antiguo de Europa

EL año 1964 será importante para el señor Marins Moutet, senador del Departamento de Drôme. En primer lugar festejará sus 50 años de vida parlamentaria ininterrumpida (excepto la ocupación) y también, puesto que Churchill ha anunciado que no se presentará a las próximas elecciones, se convertirá en el parlamentario más antiguo de Europa.

De aquí en adelante será no sólo el decano del Senado francés, sino también de la Asamblea de Europa, con sede en Estrasburgo.

Otras «hazañas» en el activo de Moutet, desde hace 50 años, este ex-ministro del Gobierno de Leon Blum de 1936, ha pertenecido siempre al mismo partido: la S.F.I.O.

Actualmente, a los 87 años, goza de una salud admirable.

Va cada semana a su circunscripción, donde, como en París, conduce su coche y se ocupa de los asuntos de sus electores.

Y cada vez que una delegación del Senado va al extranjero, ya sea a Asia, África o América del Sur, Marins Moutet se presenta voluntario para formar parte de la expedición.

Y allí donde veinte o treinta horas de avión fatigan y fastidian a sus colegas, mucho más jóvenes, él se muestra siempre en forma y no sabe lo que es marearse.

El señor Moutet se ha declarado muy asombrado por la decisión de Churchill de retirarse de sus tareas parlamentarias. ¿Por qué pararse? ¿Por tener 87 u 88 años?

Esa no es una razón. Cada uno tiene la edad que quiere tener.

ANTONINO DE ANDRES

Servicio diario a  
**VALLADOLID**  
desde  
**BILBAO, VITORIA**  
Y VICEVERSA  
Ctra. Larrasquitu, 4.  
Teléfonos 373736 - 311092.  
BILBAC  
Plaza de Tenerías, 7.  
Teléfono 32021.  
VALLADOLID

## LA VIEJA SUPERVIVENCIA DE GIBRALTAR

El problema de Gibraltar es un viejo y falso problema que sigue existiendo solamente a causa de una inercia histórica hoy indisculpable y que las circunstancias se encargan de poner de actualidad cada día.

Me parece que este asunto no debe plantearse sobre una argumentación jurídica, sino, sobre todo, sobre la más poderosa y profunda argumentación de la realidad de la situación y de la hora histórica actual. De manera indiscutible Gibraltar pertenece a la Península. Doscientos años de ocupación por parte de Inglaterra y aunque esa ocupación estuviese avalada en principio por razones jurídicas perfectas y, por tanto, su adquisición y posesión fuesen inatacables, las simples normas de convivencia internacional y de espíritu democrático están pidiendo que Inglaterra devuelva con todos los honores a nuestro país ese pedazo de tierra. Porque ya no son, ni siquiera políticamente, los tiempos en que la grandeza de una nación se medía por los kilómetros de tierra y el número de seres humanos que dominaba de cualquier manera. Esa época imperial ha muerto y las supervivencias de la misma no son hoy precisamente un orgullo, sino todo lo contrario. Nuevos pueblos entran cada día en la historia para sentarse a la altura de sus antiguos dominadores y cada pedazo de tierra dislocado de su natural pertenencia, por viejos tratados casi siempre leoninos o por cualquiera otra aventura de la vieja política, debe volver a ese país del que quedó desajado.

El equilibrio de la justicia y de la buena voluntad en las relaciones internacionales lo requieren así. Estas relaciones internacionales que antes se concebían como una especie de acciones y reacciones de una ingeniosa máquina de desconfianza y pretensiones de predominio o como una simple máquina de guerra se plantean hoy en la línea de una exigencia de confianza mutua y mutuo ofrecimiento y ayuda.

Los viejos países dominadores han comenzado ya a ayudar a sus viejas colonias, ahora independientes, y todo el mundo encuentra injusto que esos viejos países quieran prolongar su dominio siquiera en el orden de la economía o de la influencia política o de la política de bases que, si efectivamente pueden tener una justificación de orden práctico militar, no lo tienen teóricamente, y por lo tanto, su existencia debe ser provisional, en tanto en cuanto exista aquella necesidad práctica.

Pero la posesión de Gibraltar por parte de Inglaterra no tiene ni siquiera esa justificación práctica, ya que el mismo interés de todo el Occidente está exigiendo que sea toda España la base aliada en un caso de conflicto —si ése es el argumento—

ninguna violencia va a surgir por Gibraltar y nuestro país quizás sea el último al que haga justicia esta hora histórica de descolonización y liquidación de las viejas políticas imperiales, pero las relaciones internacionales no ganan nada con esta pervivencia de un pasado de fuerza a costa de un país como el nuestro, o cualquier otro, ni Inglaterra añade ningún timbre de gloria a su democracia, exhibiendo en su poder este pedazo de tierra español y legitimando esa posesión en viejos tratados y papeles. Fatalmente un día Gibraltar volverá a nuestra patria, pero si esa vuelta se hace por la fuerza de las cosas, Inglaterra habrá perdido la ocasión de ganarse el corazón de los españoles por un gesto justo y que todavía puede ser noble.

J. JIMENEZ LOZANO